

# Himnos a la noche: 6

[Poema - Texto completo.]

Novalis

Descendamos al seno de la Tierra,  
dejemos los imperios de la Luz;  
el golpe y el furor de los dolores  
son la alegre señal de la partida.  
Veloces, en angosta embarcación,  
a la orilla del Cielo llegaremos.

Loda sea la Noche eterna;  
sea loado el Sueño sin fin.  
El día, con su Sol, nos calentó,  
una larga aflicción nos marchitó.  
Dejó ya de atraernos lo lejano,  
queremos ir a la casa del Padre.

¿Qué haremos, pues, en este mundo,  
llenos de Amor y de fidelidad?  
El hombre abandonó todo lo viejo;  
ahora va a estar solo y afligido.  
Quien amó con piedad el mundo pasado  
no sabrá ya qué hacer en este mundo.

Los tiempos en que aún nuestros sentidos  
ardían luminosos como llamas;  
los tiempos en que el hombre conocía  
el rostro y la mano de su padre;  
en que algunos, sencillos y profundos,  
conservaban la impronta de la Imagen.

Los tiempos en que aún, ricos en flores,  
resplandecían antiguos linajes;  
los tiempos en que niños, por el Cielo,  
buscaban los tormentos y la muerte;  
y aunque reinara también la alegría,  
algún corazón se rompía de Amor.

Tiempos en que, en ardor de juventud,  
el mismo Dios se revelaba al hombre  
y consagraba con Amor y arrojo  
su dulce vida a una temprana muerte,

sin rechazar angustias y dolores,  
tan sólo por estar a nuestro lado.

Medrosos y nostálgicos los vemos,  
velados por las sombras de la Noche;  
jamás en este mundo temporal  
se calmará la sed que nos abrasa.  
Debemos regresar a nuestra patria,  
allí encontraremos este bendito tiempo.

¿Qué es lo que nos retiene aún aquí?  
Los amados descansan hace tiempo.  
En su tumba termina nuestra vida;  
miedo y dolor invaden nuestra alma.  
Ya no tenemos nada que buscar  
—harto está el corazón—, vacío el mundo.

De un modo misterioso e infinito,  
un dulce escalofrío nos anega,  
como si de profundas lejanías  
llegara el eco de nuestra tristeza:  
¿Será que los amados nos recuerdan  
y nos mandan su aliento de añoranza?

Bajemos a encontrar la dulce Amada,  
a Jesús, el Amado, descendamos.  
No temáis ya: el crepúsculo florece  
para todos los que aman, para los afligidos.  
Un sueño rompe nuestras ataduras  
y nos sumerge en el seno del Padre.